

cristiano, no perdonando los medios más inhumanos, que fueron tales, que el Cristianismo hubiese muerto en su misma cuna si hubiera sido obra de los hombres; empero era obra de Dios, y contra ella tenían que estrellarse necesariamente todos los esfuerzos humanos. Millones de víctimas cayeron durante las persecuciones bajo el hacha del verdugo, ó eran consumidas en las hogueras; empero sus cenizas producían nuevos cristianos, y del centro mismo del paganismo brotaban nuevos atletas que, abrazando la nueva doctrina y reconociendo públicamente por verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia en la cresta del Calvario, se disponían á salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero. ¿De qué sirvió todo el poder de los emperadores? ¿Cuáles fueron sus triunfos? ¿Cuáles sus victorias? ¡Ah! Roma vió destruirse y caer por tierra innumerables estátuas de Júpiter, Minerva, Hércules, Mercurio y los demás dioses del imperio; se apaga la hoguera de Saturno que se sostenía con toda clase de víctimas, y sacudiendo la Iglesia el manto de sangre que la cubría, se presenta engalanada con blancas vestiduras sobre el trono de Constantino.

El Cristianismo, que tan admirablemente triunfó del paganismo, estaba destinado á sufrir contradicciones en todos los siglos, para que todas ellas contribuyesen á aumentar sus victorias y fuesen otras tantas pruebas de su verdad y de la divinidad de su Fundador. Tras el paganismo vino la heregia comba-

tiendo á cara descubierta los principales dogmas que forman la creencia católica; mas el que había dicho que *las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia*, suscitó según las necesidades de los tiempos, ilustres varones que, uniendo á sus virtudes una profunda sabiduría, destruyeron los miserables sofismas de Arrio, Donato, Vigilancio, y los no menos groseros errores que propalaban por doquier los priscilianistas, macedonianos, socinianos albigeneses, iconoclastas, y otras semejantes turbas de atrevidos heresiarcas. Cual gigantes esforzados fueron apareciendo en el mundo los Atanasios, Justinos, Ireneos, Jerónimos, Crisóstomos, Agustinos y otros semejantes genios, que con el mayor denuedo echaron por tierra el monstruo de la maldad.

Tres siglos ha habido en los cuales parece se conjuraron todas las furias infernales con el vano empeño de destruir hasta los cimientos del edificio católico sostenido por el invencible dedo de Dios. El siglo XIII, en el que volvieron á aparecer todas las antiguas heregias, que fueron predicadas en la mayor parte de la Europa por nuevos apóstoles del error, entre los que ocupan un lugar distinguido los Guillemos de Santo Amore, los Raimundos de Tarraga, y los Arnaldos de Villanueva, que, confundidos como los hereges de los anteriores tiempos, acabaron su vida en el oprobio y la desesperación, sin haber conseguido otra cosa que ser testigos oculares de los nuevos triunfos conseguidos por la Iglesia.

Llega el siglo XVI, y en el centro de Alemania se

levanta una nueva borrasca contra la Iglesia, más temible que todas las anteriores; fué una revolucion espantosa de marcado carácter demagógico, bautizada con el nombre de *reforma*.

Un escritor funestamente célebre, fraile, sacerdote y jurista, si no fué el iniciador de la reforma, pues que es indudable que ya existía el germen del protestantismo, como dice con razon el historiador Audin¹, se puso á su cabeza, y tomando en sus manos el estandarte de rebelión, para convertirle en lábaro de satánicas conquistas, se propuso pervertir á todo trance el Cristianismo, introduciendo una nueva doctrina: la autoridad inmediata de la Biblia, como único criterio de verdad. Lleno de orgullo el atrevido y funestamente célebre doctor de Wittemberg, el pérfido apóstata Lutero empezó á arrastrarse en el cieno asqueroso de su inmoralidad y osadía; é inconsecuente en sus doctrinas, olvidado de todos sus deberes, y sin parar mientes en los repetidos avisos de su propia conciencia, cuyos gritos eran sofocados por las robustas olas de su soberbia y altanería, se propuso dar una decisiva batalla á la Iglesia. ¿Cuál fué el objeto de la reforma protestante?

No otro que el llevar á cabo una brutal ruptura entre los miembros de la Iglesia y su cabeza visible, introduciendo de este modo la muerte en los corazones cristianos. La Iglesia, la verdadera Iglesia de Je-

(1) Historia de la vida escritos y doctrinas de Martin Lutero. Prefacio.

sucristo no puede existir separada de la autoridad del Vicario de Jesucristo, como el cuerpo humano no puede tener vida sin la circulacion de la sangre.

¡Época desgraciada, cuyas funestas doctrinas aún hoy vienen siendo origen de tantas revoluciones y desgracias como venimos experimentando! Entregados los libros santos á la discusion del libre exámen; combatidos los principales dogmas de las creencias católicas; arrojados los sacerdotes de sus presbiterios como los monjes de aquellas santas moradas, en las que con la tranquilidad y sosiego de una conciencia libre de remordimientos, eran utilísimos á la religion y á los estados, pues que así elevaban al cielo el incienso de fervorosas oraciones, como trabajaban en el cultivo de las ciencias, y en el desarrollo del verdadero progreso religioso, bien diferente por cierto del que llamándose tal, solo tiende á concluir con cuanto de bueno nos dejaron nuestros mayores y que acaba por destruir las leyes, las costumbres, el principio de autoridad y hasta los tronos que el protestantismo enriquecido con los cuantiosos bienes, se robó á la Iglesia, y robustecido con la sangre de millares de víctimas, osténtase como verdadero gigante, pretendiendo encadenar á sus inmundas plantas cual mísero pigmeo, á los que fuertes en la fé volvian las espaldas llenos de temor á tan groseros errores. El protestantismo, en suma, cual la torre de Babel se levantó para insultar al cielo, y las mil y mil sectas disidentes que de él han surgido, sus continuas variaciones, han servido para sembrar la confusion y el desórden, como los

diversos idiomas confundieron y aterraron á los atrevidos babilonios.

Y por ventura ¿consiguió el protestantismo el objeto que se propusiera de acabar para siempre con la autoridad del Pontífice Romano? ¡Vana quimera! Si Dios que con altísima sabiduría y admirable providencia, gobierna el universo en peso, número y medida, permitió que la luz brillante de la fé se extinguiera en algun pais: si penetrando la peste del protestantismo en la poderosa Inglaterra, que á fuer de católica habia merecido el honroso título de jardin de la Iglesia, hizo que el ángel de la maldicion cerniese sobre su suelo sus negras alas, en cambio la verdadera religion cuya perpetuidad está ofrecida por el Dios-hombre que la estableciera, no para esta ó la otra localidad, sino en el mundo; la verdadera religion, decimos, dejóse ver brillante sobre toda ponderación en otros paises y principalmente, podemos decirlo con gloria, en nuestra España donde jamás ha penetrado el gérmen funesto del protestantismo, y que en el siglo XVI, justamente cuando tantos estragos causaba la reforma, fué un manantial fecundo de sábios formados segun al verdadero espíritu del Evangelio. No existian ya en el mundo ni un San Justino centinela avanzado de la verdad católica, ni un Agustino, magnífico defensor de la gracia, ni un Crisóstomo de cuya pluma salieran tan brillantes é imperecederos escritos, ni podia escucharse la inspirada voz de un Tomás de Aquino, que con sus predicaciones aterraba á los enemigos de la Iglesia y que fué en sus dias el oráculo de los reyes, el ester-

minador de las heregías, el doctor de la fe y que fué y será siempre el sol brillante de la Teología.

Empero el Omnipotente que hizo aparecer en el mundo cuando convino á sus altos designios tan esforzados campeones de la verdad católica, no abandonó á su Iglesia, cuando en el siglo XVI, se vió tan cruelmente combatida, y España, nuestra amada patria, España que fué siempre modelo de piedad y de catolicismo, y que está protegida de un modo especial por la que siendo Madre de Dios lo es tambien de los humanos, fué el arsenal digámoslo así, de donde brotaron en aquella época los mas valerosos capitanes de la milicia cristiana, que denodados y llenos de valor contuvieron los rápidos torrentes de la iniquidad, edificaron con mas velocidad que el protestantismo destruia, levantando con sus virtudes y sabiduria una muralla de bronce, para que la heregia no penetrase en nuestro reino, y se conservase en él, el rico tesoro de la unidad católica. No necesitaremos citar los inmortales nombres de un Ignacio de Loyola, de un José de Calasanz, de un Francisco de Borja y otros muchos, ni recordar tampoco que el siglo XVI, fué el de Teresa de Jesús, gloria de la religion y honor de nuestra España.

El último de los tres siglos de que ofrecimos ocuparnos fué el XVIII, padre y maestro de este en que vivimos. Los acontecimientos que en él tuvieron lugar, no van á ser en este momento objeto de nuestro exámen: están enlazados con nuestra historia contemporánea y por consiguiente en la memoria de todos

los hombres estudiosos. Cuatro palabras bastarán á nuestro objeto, pues nos vamos dilatando en este discurso preliminar, cuyo objeto y fin no conoce aun el benévolo lector, pero que no tardará en conocer. El filosofismo, á cuya cabeza se colocaron el coronado sofista Federico y Voltaire el patriarca de la impiedad, se propuso á todo trance concluir con el Catolicismo. Despues de grandes y extraordinarios esfuerzos, el primero, felicitó lleno de regocijo al segundo porque tenia ya por indudable la muerte de la religion cristiana, invitándole en tono festivo á escribir el epitafio que se habia de grabar en la losa sepulcral del Catolicismo, al que solo podia ya salvar un milagro. «Este edificio, le decia, minado por sus cimientos vá á undirse, y las naciones transcribirán en sus anales que Voltaire fué el promotor de esta revolucion que se hizo en el siglo diez y ocho en el género humano ¹.»

Poco tiempo hacia que Voltaire asi como el coronado encomiador de sus hazañas habian bajado al sepulcro, cuando la barca misteriosa del pescador, merced á los gérmenes de discordias, que aquellos dejaron sembrados, fluctuó en las terribles tempestades que ajitaron á la mayor parte de los pueblos de la Europa. Cuando príncipes, reyes, ejércitos, naciones, todo era arrastrado por el torrente devastador de horribles revoluciones, solo la nave de Pedro no se sumerge: sus pastores son perseguidos y dispersa-

¹ Correspondencia entre Federico II, rey de Prusia, y Voltaire, carta de 5 de Mayo de 1767.

dos; el supremo entre ellos arrojado de su silla y encerrado en prisiones: empero cuando mas furiosa parecia la tempestad, la Iglesia contra la que nada pueden las tempestades satánicas aparece cubierta de gloria, sin haber perdido nada de su primitiva grandeza, de su magnífico esplendor, de su soberana autoridad.

Cual si nada significasen tantos y tan relevantes triunfos: cual si cerca de diez y nueve siglos de perpetuidad no formase una prueba evidente de la verdad y divinidad de la Iglesia católica, hoy mismo en el siglo que á sí mismo se da el título de ilustrado, se levantan nuevas persecuciones contra la Esposa de Jesús, y hombres protervos, engalanados con la máscara de *sinceridad* aparente, llevan el dolor y la amargura al corazon del bondadoso Pontífice Pio IX, heredero de la grandeza de alma y admirable fortaleza de los venerables Pios VI y VII. Una impetuosa corriente que indudablemente se despeña de la carcomida cima del protestantismo, y á la que empuja el fuerte aire del impío filosofismo, se ha propuesto ahogar la verdad, la inocencia, la virtud, hollar la justicia y ensalzar el error y el indiferentismo religioso, que es el veneno mas activo que puede inocularse en las venas de la sociedad, porque la verdadera sociedad deja de existir al faltarle el aire que la vivifica y la nutre, que la sostiene y comunica principios de vitalidad, que es el orden, el respeto al principio de autoridad, la justicia y la fe, y todo esto se pierde con el indiferentismo religioso.

Y en un siglo que marcha con velocidad en pos de una filosofía destructora de todo recto principio, ¿qué medios se deberán tomar para detener el rápido torrente del mal, y preservar á los incautos de caer en el abismo de las malas doctrinas? Es indudable que se presentan nuevas y terribles batallas contra la Iglesia, y de consiguiente contra sus doctrinas y enseñanza divina. Lo es tambien que las chispas de este volcán han saltado por encima de nuestras fronteras y penetrado en el reino católico por escelencia, y nosotros tenemos por cierto que de mejorar la educación de los jóvenes depende la positiva prosperidad de nuestra patria. De poco nos servirán todos los progresos y adelantos que se hagan en las ciencias naturales, el fomento de la riqueza pública, un comercio floreciente, gran rapidez en el desarrollo de la agricultura, una marina poderosa, y ejércitos denodados que nos defiendan de nuestros contrarios, sin que á todo esto vayan unidos los adelantos morales. Guíese á la juventud llamada á ocupar un dia los altos destinos de la patria por los caminos de la rectitud. Enséñese á los que mañana serán padres de familia, en la verdadera doctrina de la Iglesia, y acostumbrándose desde la infancia á practicar el bien, la patria encontrará en ellos buenos ciudadanos que lo son siempre los buenos cristianos.

Uno de los medios que á tan laudable fin conspiran es la lectura de obras religiosas que forman siempre los corazones dirigiéndolos al bien. ¡Qué bello espectáculo presenta una madre cristiana que rodeada

de sus hijos en las horas de descanso lee en alta voz un libro que enseña á practicar las virtudes, presentándolas en sus mas bellos coloridos, y que al mismo tiempo presenta al vicio con el negro manto de sus funestas consecuencias! ¡Qué diferencia entre esta madre y la que enseña á sus hijas el arte de agrádar y cautivar los corazones! Aquella es la mujer cristiana, la mujer del Evangelio; esta el fiel retrato de la mujer pagana, que experimentará consecuencias desgraciadas, mientras que la buena familia gozará de venturosa paz, pues de ella se retira el espíritu de la discordia, á vista de las virtudes domésticas.

Así como de la familia podemos decir de la sociedad que es una gran familia: su felicidad, su prosperidad depende de que en ella reine la paz y las virtudes: deténgase con mano fuerte el torrente devastador de perniciosas lecturas; propágense libros religiosos que enseñen al hombre los deberes que le ligan para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, y se habrá dado un gran paso en el camino de la regeneracion social.

El deseo de contribuir á esta obra laudable, puso la pluma en nuestra mano para formar nuestra primitiva Historia de la Vida de la Santísima Virgen María, y la de Nuestro Señor Jesucristo que hace poco tiempo vieron la luz pública. Idéntico motivo nos mueve ahora accediendo á los deseos de algunos amigos nuestros, al ofrecer al piadoso pueblo español y principalmente á los padres de familia esta nueva historia de la Madre de Dios, que lejos de ser

una repeticion de aquella, es casi una obra nueva, pues que aprovechando los nuevos estudios que hemos hecho en asunto de tamaña importancia, hemos seguido un plan distinto, reuniendo además cuantas noticias hemos podido adquirir sobre el origen de sus bellas advocaciones, y sobre el aparecimiento de algunas imágenes de la Señora que en España son objeto de la mayor veneracion. Aunque algo creemos haber adelantado, no nos lisonjemos de haber hecho una obra perfecta: nunca lo son las que salen de la mano de los hombres; pero no faltarán otros ingenios superiores, que trabajen sobre este asunto; con mas acierto y mérito que el que nos ha permitido nuestro escaso saber.

Por lo demás, el lector juzgará desapasionadamente, si nuestro trabajo puede ser de alguna utilidad, y si puede ponerse en manos de los jóvenes y de toda clase de personas, un libro, de cuya lectura mayores ventajas puedan sacarse que el que tiene por objeto el cantar las glorias y narrar las heróicas virtudes de la Soberana Emperatriz de los Angeles y de los hombres. Ella sea nuestro amparo en los azares de la vida y como acueducto de las divinas misericordias nuestra conductora al puerto de la salvacion.

PRIMERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE SU CONCEPCION EN GRACIA, HASTA QUE EN SU SENO PURÍSIMO SE VERIFICÓ LA ENCARNACION DEL DIVINO VERBO.

CAPITULO I.

Estado del mundo al empezarse á cumplir con el nacimiento de la Santisima Virgen los sucesos anunciados en el Testamento antiguo en órden á la Redencion de la humanidad.

Difícil empeño y colosal empresa es la que nos hemos propuesto al querer por segunda vez formar un cuadro de las grandes virtudes que adornaron á la felicísima criatura, que habiendo cooperado, en su calidad de Madre de Dios, á la Reparacion humana, reina hoy en el Empireo, siendo aclamada con júbilo universal Amparo del mísero mortal y Madre de misericordia. La tarea es en verdad árdua, y mas propia de génios brillantes y jigantescos, que de un pigmeo. Conocemos la exigüidad de nuestro mérito y la escasez de nuestros conocimientos: empero si la ardiente devocion que profesamos á la Virgen sin mancilla, cuya proteccion veces mil hemos experimentado á través de una vida llena de azares y sinsabores, alentó nuestra natural timidez, haciéndonos escribir y dar á luz nuestra primitiva